



Licenciatura en Español

Literatura Española II

Juan Miguel Rosa

El ensayo ilustrado: Jovellanos

Clase 02



GOVERNO DO BRASIL

Presidente da República
DILMA VANA ROUSSEFF

Ministro da Educação
ALOIZIO MERCADANTE

Diretor de Ensino a Distância da CAPES
JOÃO CARLOS TEATINI

Reitor do IFRN
BELCHIOR DE OLIVEIRA ROCHA

Diretor do Câmpus EaD/IFRN
ERIVALDO CABRAL

Diretora Acadêmica do Câmpus EaD/IFRN
ANA LÚCIA SARMENTO HENRIQUE

Coordenadora Geral da UAB /IFRN
ILANE FERREIRA CAVALCANTE

Coordenador Adjunto da UAB/IFRN
JÁSSIO PEREIRA

Coordenadora do Curso a Distância
de Licenciatura em Letras-Espanhol
CARLA AGUIAR FALCÃO

LITERATURA ESPANHOLA II
CLASE 15

La literatura española en la democracia

Professor Pesquisador/conteudista
JUAN MIGUEL ROSA

Diretor da Produção de
Material Didático
ARTEMILSON LIMA

Coordenadora da Produção de
Material Didático
ROSEMARY BORGES

Revisão Linguística
LUCAS PALMIERI

Coordenação de Design Gráfico
LEONARDO DOS SANTOS FEITOZA

Diagramação
LUANNA CANUTO DA ROCHA

R788l Rosa, Juan Miguel.
Literatura española II / Juan Miguel Rosa. – Natal : IFRN, 2014.
15 v. : il. color.

ISBN 978-85-8333-024-0

1. Língua espanhola – Estudo e ensino. 2. Literatura espanhola –
Estudo e ensino. 3. Teatro espanhol – Estudo e ensino. I. Título.

CDU 811.134.2

Ficha elaborada pela Seção de Processamento Técnico da Biblioteca
Sebastião Fernandes do Campus Natal Central do IFRN.

Presentación y objetivos

La segunda clase de nuestro curso estará dedicada al género más destacado en la literatura española del siglo XVIII: el ensayo. A lo largo de las próximas páginas comprenderemos la importancia de la prosa didáctica en el contexto de la Ilustración española. Lo haremos a través de la obra de sus principales cultivadores: el padre Benito Jerónimo Feijoo, José Cadalso y Gaspar Melchor de Jovellanos, este último considerado el máximo representante de la Ilustración en España. Esta clase nos permitirá profundizar en el pensamiento ilustrado y comprender las inquietudes que presidieron la vida y la obra de los intelectuales más destacados de la España del periodo.

La lección dos presenta, por tanto, los siguientes objetivos:

- Comprender la relevancia de la prosa didáctica como género literario más destacado en la España del siglo XVIII.
- Conocer los temas fundamentales del pensamiento de los ilustrados españoles.
- Conocer la obra de los principales ensayistas de la España de la Ilustración, con especial atención en el asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos.



Para empezar

Hoy no resulta en absoluto innovador señalar que la educación es la base del desarrollo económico y social de un país. Al contrario, la afirmación se ha convertido en un lugar común que se repite constantemente, aunque no siempre nuestros políticos actúen en consecuencia. En el siglo XVIII, en cambio, antes de que existieran sociedades democráticas y antes del reconocimiento universal de los derechos básicos del hombre, defender la instrucción de las masas como fundamento para el desarrollo de las naciones sí era innovador, cuando no revolucionario. Y eso exactamente es lo que hicieron los pensadores ilustrados, para quienes la educación fue una preocupación constante y central, como muestra este texto del escritor, jurista y político asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos, figura principal de la Ilustración en España:

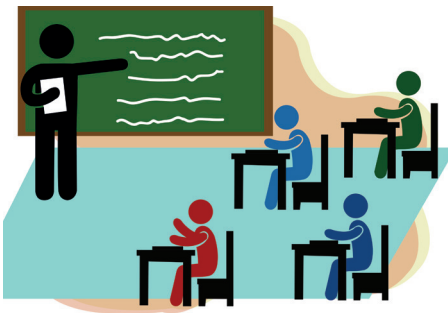


Fig. 01

“No hay bien que no pueda alcanzarse, no hay mal que no se pueda evitar y destruir por medio de la instrucción, que es el efecto y el fin de la educación; ella es por quien las Naciones prosperan, y sólo por su falta decaen y se arruinan. Con ella, la Agricultura, la Industria, el Comercio, la Navegación, todas las fuentes del poder y la riqueza pública y privada, se perfeccionan, mientras que, sin ella, todas se desalientan, y atrasan, y decaen. Por ella, se propagan los buenos principios, así en el orden moral, como en el civil; se mejoran las costumbres, se difunden las virtudes sociales y se destierran aquellos groseros y funestos vicios que son efecto necesario de la ignorancia y origen cierto e inevitable de la decadencia y ruina de los pueblos. Cuando yo represento a V.M. la Instrucción pública, como fuente de tantos bienes, hablo de la instrucción sólida y buena, no de aquella liviana y depravada que es causa de tantos excesos y desórdenes,

y que, corrompiendo todo los principios de la moral pública y privada, produce, tarde o temprano, la ruina de los imperios”.



Así es

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de. Antología de escritos pedagógicos de Gaspar Melchor de Jovellanos. Edición de Olegario Negrín Fajardo. Madrid: Sanz y Torres, 2010. Disponible en: <http://www.buenastareas.com/ensayos/Comentario-De-Texto/6930621.html>.

La importancia de la prosa didáctica en la Ilustración

Aunque los manuales presenten las diferentes etapas históricas como bloques aparentemente independientes entre sí, debemos tener presente que los movimientos, las corrientes literarias y los posicionamientos estéticos que componen la historia de la literatura no se suceden unos a otros de forma arbitraria, sino que forman un continuum en el que ningún cambio de tendencia puede explicarse sin tener en cuenta el proceso por el que se llegó a él. A menudo podemos observar que la historia de la literatura – al igual que la historia de las ideas, con la que está íntimamente ligada – sigue un **movimiento pendular**, de manera que una determinada estética llega a su máxima expresión, a su extremo, justo antes de dar paso a una forma nueva, y opuesta a la anterior, de entender la creación literaria. Vimos, por ejemplo, que el ideal de armonía, claridad, sencillez y celebración optimista de la vida que fue el Renacimiento acabó dando lugar – en un movimiento pendular – a una estética radicalmente opuesta, la del Barroco, que se caracterizó por el pesimismo, el retorcimiento de las formas y el oscurecimiento del lenguaje. En la España de finales del siglo XVII – una España decadente, sumida en una profunda crisis económica y política –, el estilo barroco tuvo sus manifestaciones más extremas, marcadas por el predominio absoluto de la forma sobre el contenido y por una concepción de la creación literaria como mera demostración superficial de ingenio. Fue entonces cuando se dio uno de esos movimientos pendulares que cierran una etapa histórica para inaugurar otra diametralmente opuesta. Un proceso, vale decir, que nunca es repentino, sino gradual. En este caso, el movimiento del péndulo llevó a la literatura española desde los extremos del retorcimiento barroco a la recuperación del orden y la claridad de las formas clásicas, es decir, al **Neoclasicismo**.

En este contexto, no es de extrañar que la creación puramente ficcional y la poesía con afanes meramente estéticos perdieran prestigio durante el periodo de la Ilustración. Incluso un poeta que había gozado de la admiración general en el siglo XVII y que hoy reconocemos unánimemente como uno de los principales nombres de la lírica española de todos los tiempos, Luis de Góngora, fue despreciado por los críticos del XVIII, que le acusaron de pervertir la lengua castellana con el barroquismo de su estilo. De la apreciación de la literatura como demostración de ingenio – que tuvo su máxima expresión en los entretenimientos cortesanos de la segunda mitad del XVII – se pasó a valorar la creación literaria en función de su finalidad didáctica. De ahí que la novela y la poesía fueran géneros subalternos durante la Ilustración, que vio en cambio un florecimiento sin precedentes de la prosa ensayística. La función social de la literatura ya no era entretener a la corte y a la nobleza o demostrar la creatividad ilimitada del autor, sino contribuir al progreso de la sociedad. Así lo expresa, por ejemplo, Ignacio de Luzán en su *Poética* (1737):

Las buenas letras hacen un buen ciudadano, que apto y dispuesto para recibir en sí todas las demás ciencias y artes y darles un gratisimo sabor (bien como vaso ya preparado con algún precioso licor) no solo entienden de su felicidad sino en la de los demás hombres. Buen repúblico, ama y busca la prosperidad de su patria, el bien de su nación. Buen vasallo, no respira sino para obedecer, para respetar y amar las leyes, los preceptos y la gloria de su rey (LUZÁN, apud CABRALES; HERNÁNDEZ, 2009, p. 210).

En este pasaje encontramos un buen resumen de la concepción de la literatura propia

de la Ilustración en España, así como de su contexto político: finalidad didáctica (las buenas letras forman al ciudadano y le preparan para su instrucción general en ciencias y artes); progreso de la nación (prosperidad de la patria) a través de la educación de sus súbditos; respeto a los preceptos clásicos; y total sometimiento a la autoridad incontestable de la monarquía absolutista.

El ensayo ilustrado en España

Los ilustrados necesitaban un género que les permitiera exponer sus ideas sobre economía, política, ciencia, arte, filosofía... y lo encontraron en el **ensayo**. Como explica Rodríguez Cacho (2009), el ensayo dieciochesco recibió diversos nombres más o menos solemnes: informes, memoriales, discursos, oraciones, cartas, etc. En la mayoría de casos movía a los pensadores ilustrados un **afán normativo**: se trataba de "proporcionar textos útiles para regular las más diversas materias, desde el adiestramiento de los gustos teatrales a la reforma agraria" (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p.15). La voluntad de regenerar una sociedad enferma se tradujo así en propuestas para reformar y ordenar, siempre **a la luz de la razón y de la ciencia**, todos los asuntos relacionados con el **progreso de la sociedad**. La Ilustración no tuvo en España la originalidad ni la profundidad que alcanzó en Francia, ni mucho menos sus tintes revolucionarios, pero no por ello dejó de haber intelectuales españoles imbuidos del espíritu ilustrado y con ideas modernas y progresistas dentro de la muy conservadora sociedad española de la época.

El padre Feijoo, un pionero de la Ilustración

Si decíamos al inicio de la lección que las grandes transformaciones de la historia no se producen de la noche a la mañana, sino de forma gradual, sería un error pensar que antes de la Ilustración no hubo intelectuales con afán renovador, interesados en el progreso de las ciencias y partidarios de una separación entre la esfera eclesiástica y la vida civil (lo que conocemos como **secularización**, un proceso basado en una visión del hombre como ser maduro que ya no precisa de la tutela de la Iglesia para conocer el mundo, pues está capacitado para comprenderlo a través de su razón y de la observación y experimentación científica). En España, a estos intelectuales renovadores de finales del siglo XVII y principios del XVIII, médicos de profesión en muchos casos y precursores del pensamiento ilustrado, se les conoció como **novatores**, un término que hacía referencia precisamente a lo innovador de sus postulados.

A caballo entre los *novatores* y los primeros ilustrados – aunque los historiadores coinciden en señalarlo como pensador de la Ilustración y pionero del ensayo ilustrado – encontramos una figura de gran relevancia en el panorama literario de la España del dieciocho: el **padre Benito Jerónimo Feijoo** (1676-1764). Nacido en la localidad gallega de Casdemiro, provincia de Orense, este fraile benedictino fue el pensador más leído y respetado de la primera mitad del siglo XVIII. Vinculado desde muy joven a la Universidad de Oviedo (Asturias), compaginó la vida académica con la religiosa, y aunque nunca cuestionó la ortodoxia católica, el progresismo implícito en sus escritos le rindió no pocos ataques de religiosos tradicionalistas e incluso alguna censura por parte de la Inquisición. Inmaculada Urzainqui describe así la personalidad del padre

Feijoo:

Enemigo visceral de cualquier forma de mentira o hipocresía, [...] se condujo siempre con naturalidad y sencillez, proclamando seguro sus verdades, reconociendo sus errores cuando él mismo los advierte o se los advierten otros, y reclamando sin falsas humildades su valer y su buen nombre. Por eso no oculta su irritación ante las insidias y trapacerías de sus detractores, como tampoco la satisfacción de verse seguido con entusiasmo por infinidad de lectores, cultos y anónimos, de España, Portugal y América, del eco de sus obras en el extranjero, o de ser traducido a otros idiomas. En las antípodas del rigorismo ascético y la sacralización del universo barroco, su mentalidad es profundamente secular; distingue exquisitamente la esfera de la "Gracia" y de la "Naturaleza" -lo religioso y lo civil-, le repugnan las milagrerías y la severidad desabrida con la que muchos confunden la santidad, valora y cultiva las virtudes cívicas (el trabajo, la amistad, la solidaridad, la responsabilidad social...), disfruta gozoso de los placeres que le son permitidos (el arte, la música, los paseos por el campo, la conversación, el chocolate, el tabaco...), y afirma con decisión su personalidad de "ciudadano libre de la República de las letras" (URZAINQUI, 2009, s/p).

Feijoo tuvo un papel fundamental en el desarrollo de la prosa ensayística durante la primera mitad del siglo XVIII. Intelectual "sabio, rebelde y generoso" (URZAINQUI, 2009, s/p), el padre Feijoo provocó un intenso **debate ideológico** ya desde su primera obra, el *Teatro crítico universal* (1726) – título en el que la palabra *teatro* debe entenderse en su acepción de "panorama" o "visión general" –, un ensayo que podemos señalar como "el arranque de la Ilustración" en España (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 23). Aunque sin llegar a cuestionamientos profundos de la doctrina católica, Feijoo no acepta sin más la autoridad de los padres de la Iglesia e incluso reflexiona de forma crítica sobre uno de los principales valores de la sociedad absolutista, el nacionalismo exacerbado, como podemos apreciar en el siguiente pasaje del *Teatro crítico*:

Cada uno se halla mejor con las cosas de su tierra que con las de la ajena, y así le retiene en ella esta mayor conveniencia suya, no el supuesto amor de la patria. [...] El pensar ventajosamente de la región donde hemos nacido sobre todas las demás del mundo, es error entre los comunes, comunísimo. [...] Lo peor es que aun aquellos que no sienten como vulgares, hablan como vulgares. Este es efecto de la que llamamos pasión nacional, hija legítima de la vanidad y la emulación. [...] Por uno y otro motivo atribuyen a su nación mil fingidas excelencias aquellos mismos que conocen que son fingidas. (FEIJOO, apud RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 23)



Fig. 02

Aunque en realidad no desarrollaban ideas originales, sino posicionamientos que entroncaban con el humanismo renacentista, los escritos del padre Feijoo resultaban innovadores por su **separación de ciencia y religión**, y tenían como principal objetivo luchar contra las supersticiones y creencias infundadas del pueblo. Como buen enciclopedista ilustrado, Feijoo se ocupó de todo tipo de asuntos en forma de **miscelánea**: divulgaba novedades científicas sobre Física o Biología al tiempo en que invitaba a reflexionar desde una perspectiva racional sobre fenómenos naturales frecuentemente tenidos por milagros, caso de los eclipses, "con el fin primordial de enmendar errores comunes", es decir, de combatir creencias populares sin base científica (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 24). Buenos ejemplos de este enciclopedismo ilustrado fueron sus *Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, publicados entre 1726 y 1739, y sus *Cartas eruditas y curiosas*, que vieron la luz entre 1742 y 1760. Las

dos obras componen un total de trece voluminosos tomos en los que encontramos asuntos morales y sociológicos de la más diversa índole, desde la crítica a la nobleza desocupada – una constante entre los ilustrados – o la explicación de porqué la novela es un género menos relevante que otros hasta una definición del amor o la defensa de la elocuencia no como talento artístico, sino como capacidad natural del ser humano.

Suele tomarse la lucha del padre Feijoo contra supersticiones y creencias esotéricas (en un momento en el que había gran interés por la magia y el ocultismo) como muestra de su espíritu racionalista e ilustrado. Sin embargo, y como señala Rodríguez Cacho (2009), el debate sobre los límites de la credulidad venía de muy lejos, pues ya fue motivo de reflexión para los humanistas del erasmismo renacentista. Es innegable, eso sí, que Feijoo retoma el asunto desde una perspectiva de experimentación científica y una voluntad de secularización – la separación entre Iglesia y vida civil – que sí resultaban innovadoras en su contexto histórico. Y cabe señalar también que el **estilo** de Feijoo anunciaba cómo sería la prosa del ensayo ilustrado, ya que los escritos del padre se caracterizaban por “un lenguaje cercano al lector, alejado del barroquismo, marcado por la exactitud, la naturalidad y la claridad, que establecería la pauta de la prosa didáctica del XVIII” (CABRALES; HERNÁNDEZ, 2009, p. 215).

José Cadalso, ilustrado viajero y cosmopolita

Viajar a otros países, sea por trabajo o por placer, nos parece hoy una actividad poco menos que rutinaria. Si se está dispuesto a viajar sin ningún tipo de lujo, basta un mínimo de recursos financieros para conocer el mundo armado de una mochila. Y cuando el dinero no es un problema, no existe prácticamente un rincón del planeta al que no sea posible llegar. Es obvio que la situación era muy diferente en el siglo XVIII. La única forma de viajar por Europa – a no ser la vía marítima – era la tracción animal. Habría que esperar hasta el siglo XIX para que surgieran las primeras líneas de ferrocarril. Viajar no era, en suma, ni tan fácil ni tan frecuente como en la actualidad. Y, sin embargo, no fueron pocos los intelectuales que tuvieron la oportunidad de salir de sus fronteras para conocer de primera mano otras culturas. Entre ellos, varios pensadores de la Ilustración.

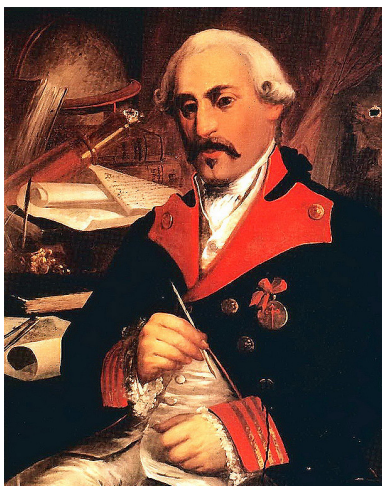


Fig. 03

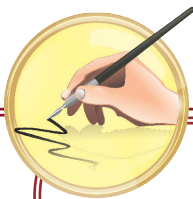
El **viaje** ya había sido señalado como **fuentes de aprendizaje** por los humanistas del Renacimiento, en el siglo XVI. El propio Erasmo, nacido en la ciudad holandesa de Rotterdam, viajó a países como Inglaterra, Francia, Italia, Suiza o Alemania. Para los ilustrados del XVIII, el viaje sería también un ingrediente fundamental de su formación cultural, máxime en una época de creciente nacionalismo en la que comenzaban a ser frecuentes las diatribas genéricas contra supuestos “rasgos de carácter” de las naciones y de sus nacionales: la superficialidad y holgazanería de los españoles, el desprecio a lo extranjero de los franceses, etc. En una época en la que solo algunos privilegiados tenían la oportunidad de viajar, las crónicas de viajes se

convirtieron en un material clave para la formación de opiniones sobre las diferentes culturas y, claro está, para la consolidación de estereotipos no siempre justificados.

Uno de los autores más relevantes de la Ilustración española, y sin duda el más cosmopolita, fue el militar **José Cadalso** (1741- 1782). Nacido en Cádiz en 1741 y enviado aún de niño a Francia para estudiar, se convirtió en un viajero impenitente: de Francia pasó a Inglaterra, y posteriormente conoció Alemania, Italia y Holanda, llegando a dominar los idiomas inglés, francés, alemán e italiano, además del latín. Cadalso volvió a España en 1758 con apenas dieciséis años, pero con una experiencia del mundo de la que pocos adultos podían presumir. Se hizo militar y combatió exitosamente en diversas campañas, pero en 1768 tuvo que exiliarse de Madrid a Aragón por un manuscrito que le fue atribuido y en el que se ofendía el honor de diversas damas de la corte, el *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre*. Durante su destierro aragonés escribió los poemas reunidos en *Ocios de mi juventud* (1773), pero lo que le valió el primer reconocimiento literario no fue su obra lírica, sino los **escritos satíricos** en prosa *Los eruditos a la violeta* y el *Suplemento*, publicados ambos en 1772 y en los que arremetía contra “los jóvenes petulantes que, sin conocimiento ni juicio, desprecian todo lo nacional, alabando por sistema lo extranjero” (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 43). La referencia a la violeta estaba relacionada con el perfume de esa flor, un artículo que en la época era importado de Francia y del que Cadalso se sirvió para calificar de *violetos* a los frívolos preocupados únicamente por la apariencia. Nadie más autorizado que un viajero culto como Cadalso, quien además era muy crítico con los defectos de España, para señalar la falta de sustancia de los pretendidos eruditos que sistemáticamente elogiaban todo lo extranjero y denostaban lo español sin conocer a fondo ni lo uno ni lo otro.

La principal obra didáctica de este cosmopolita ilustrado fue **Cartas Marruecas**, publicada siete años después de su muerte en el campo de batalla (Cadalso murió en 1782 durante el asedio español a Gibraltar, ocupada por los británicos). La obra presenta un **intercambio epistolar** a tres bandas entre tres personajes ficticios: el joven marroquí Gazel, que viaja por España vestido de cristiano intentando comprender la cultura del país (personaje inspirado en el que fuera embajador de Marruecos en Madrid algunos años antes, Al Ghazzali); su maestro Ben-Beley, también árabe, que le escribe desde el continente africano; y Nuño, un español que es “claramente un *alter ego*” del propio Cadalso (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 45). El intercambio de cartas entre los tres permite a Cadalso reflexionar sobre los problemas de España desde una triple perspectiva: la mirada limpia del extranjero que observa el país de primera mano (un personaje que nos retrotrae al propio Cadalso adolescente, recién llegado desde Europa a una España que entonces no conocía); la visión desde el exterior, a menudo influida por estereotipos; y la opinión de un español, *alter ego* del autor, preocupado por su país. En sus *Cartas marruecas*, Cadalso reflexiona sobre España con voluntad de +entre otros males nacionales, la importancia concedida a la apariencia de nobleza; el anhelo de fama; el orgullo desmedido; la pasión por el lujo; el apego supersticioso a tradiciones y ritos religiosos; el mal uso del castellano en la literatura de la época; la frivolidad de los jóvenes; el patriotismo mal entendido, etc. Cadalso escribió la obra entre 1773 y 1774, pero no obtuvo la licencia para publicarla. Las *Cartas* solo

verían la luz en 1789, cuando fueron ofrecidas por entregas en el periódico *Correo de Madrid*. Una edición en libro fue publicada en 1793, pero con manipulaciones del editor. Rodríguez Cacho (2009, p. 45) se refiere a las *Cartas Marruecas* como "el más serio y profundo examen crítico de España de cuantos se hicieron en el siglo XVIII". Más allá de su temática, además, la obra posee innegables valores literarios, como por ejemplo su polifonía de voces, un rasgo que la emparenta directamente con el *Quijote* de Cervantes, obra muy admirada por Cadalso. Las *Cartas* son, además, "un ejemplo perfecto del valor que el ilustrado da a la conversación, como vehículo de comunión de espíritus afines, por encima de las razas" (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 47). Un ejemplo, en definitiva, de diálogo entre culturas, de análisis minucioso de la realidad y de reflexión sobre los males que aquejaban a la sociedad de la época. Una perfecta obra ilustrada.



Manos a la obra

Antes de concluir la lección acercándonos a la figura de Gaspar Melchor de Jovellanos, te invitamos a repasar los contenidos vistos hasta aquí:

1- ¿Por qué la novela y la poesía perdieron prestigio respecto a la prosa didáctica durante el siglo XVIII?

2- ¿Qué entendemos por secularización?

3- ¿Por qué para los ilustrados era importante viajar?

Jovellanos o la utopía de la educación

Ya hemos mencionado la importancia que los ilustrados concedían a la **educación** como base del progreso de la sociedad. Quizá la figura que mejor ejemplifica esta visión sea la del escritor, jurista y político asturiano **Gaspar Melchor de Jovellanos** (1744-1811), el ilustrado español que mayores responsabilidades políticas llegó a asumir, pues fue ministro de Gracia y Justicia entre noviembre de 1797 y agosto de 1798, un breve periodo durante el cual contribuyó decisivamente a la reforma de la educación. Como señalan, entre otros, Victorino de Arce (2005) y Cabrales y Hernández (2009), Jovellanos pasa por ser la **figura más representativa de la Ilustración española**. Aunque escribió teatro y poesía, su contribución más destacada a la historia de la literatura la hizo como **ensayista**. Y el tema central de su obra fue, por encima de cualquier otro, la educación. Como explica de Arce,

[Jovellanos] Deseaba conseguir para sus compatriotas estudios a la altura de los tiempos. Para ello pensaba en los programas que se habrían de desarrollar en su futuro Instituto, cuál había de ser la edad idónea de los alumnos que ingresasen en el mismo y, sobre todo, cuáles habían de ser los textos que sirvieran de base a los conocimientos de los alumnos y a la preparación de los profesores. Es decir, Jovellanos había intuido con dos siglos de anticipación los mismos problemas que hoy se plantea el director de un Centro educativo. Y lo hizo no solo teóricamente, sino también en la práctica (DE ARCE, 2005, p. 145).

En efecto, Jovellanos no se limitó a la teoría, sino que fue un hombre de acción. Convencido de que las riquezas naturales de su Asturias natal – la pesca y la minería – debían ser la base del desarrollo económico de la región, fundó en 1794 el **Real Instituto de Náutica y Mineralogía**, un centro de enseñanza en el que se volcó personalmente para convertirlo en modelo del tipo de educación que preconizaba, y en el que el estudio de **ciencias aplicadas** y de nuevas técnicas de ingeniería se compaginaba con la formación en **humanidades**.



Fig. 04

Como explica de Arce (2005), el pensamiento de Jovellanos sobre la educación ideal se resume en algunos puntos básicos:

- **Educación como fuente de felicidad** individual y social: para Jovellanos, cuanto mejor fuese la instrucción del pueblo (una instrucción imbuida siempre de valores morales), menores serían los vicios públicos y privados. Los gobiernos de naciones bien educadas servirían bien a sus súbditos, por lo que mejorarían las condiciones de vida del pueblo y, en última instancia, las naciones ilustradas de Europa se abrazarían en una confederación que acabaría englobando a todos los países, de manera que desaparecerían las guerras y el mundo conocería “una paz inviolable y perpetua” (JOVELLANOS, apud DE ARCE, 2005, p. 149). Desde nuestra perspectiva actual, pueden resultarnos sorprendentes la ingenuidad y la candidez de Jovellanos al concluir que la apuesta por la educación traería inexorablemente la paz mundial. Pero también podemos admirarnos por lo avanzado de su pensamiento, pues nadie duda hoy de

que la educación es factor clave para el progreso económico y social.

- **Educación popular:** para Jovellanos, como para el conjunto de los ilustrados, la educación no podía ser exclusiva de las clases privilegiadas, sino que debía llegar hasta el último rincón del país y hasta la más humilde de las familias. Una de las grandes innovaciones del pensador asturiano fue su decidida apuesta por las escuelas profesionales para que las clases populares pudiesen acceder a un oficio. En esta línea propuso, por ejemplo, la creación de escuelas gratuitas para aprender el hilado de la seda en ciudades costeras del Mediterráneo como Barcelona, Valencia o Murcia.

- **Educación cristiana y universal:** la visión de Jovellanos sobre la educación nunca se limitó a la mera transmisión de conocimientos, sino que incluyó siempre la formación moral y espiritual de inspiración cristiana. Jovellanos creía en una educación universal más allá de las fronteras nacionales o de las diferencias culturales.

- **Educación bilingüe:** consciente de la existencia de lenguas vernáculas diferentes del español en muchas regiones de España – como el vasco, el catalán o el propio *bable*, idioma autóctono de su Asturias natal –, Jovellanos preconizó el bilingüismo (mucho antes de que efectivamente se convirtiera en una práctica habitual en España) para garantizar que la instrucción llegase incluso a personas que, por barreras geográficas o culturales, no tuviesen dominio del idioma español.

Hay coincidencia en destacar la **honestidad**, la **integridad** y la **coherencia intelectual** de Jovellanos, cualidades que lo convierten en “prototipo de los ilustrados” (CABRALES; HERNÁNDEZ, 2009, p. 215). Como político y hombre de leyes, Jovellanos se ocupó de múltiples temas relacionados con la mejora de la sociedad española, publicando **informes, memorias, proyectos** y **discursos** sobre asuntos tan diversos como la reforma agrícola, la marina mercante, la política de espectáculos, la metodología de los estudios de derecho y ciencias y, por supuesto, la educación pública primaria, a la que dedicó un completo tratado teórico-práctico. En palabras de Ruiz de la Peña,

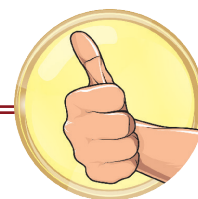
Jovellanos fue un utopista práctico. Reformista convencido, aplicó los principios de la observación y el análisis de la realidad española con un altísimo grado de compromiso personal, al tiempo que intentaba encajar los cambios estructurales necesarios con el respeto por las mejores tradiciones del pasado histórico español. Crítico con los privilegios heredados del Antiguo Régimen, fustigó a la nobleza ociosa y ensalzó la dignidad del trabajo útil; trató con severidad los prejuicios doctrinarios de la Iglesia y alentó la práctica de una religiosidad más pura, basada en los preceptos evangélicos; rechazó los excesos revolucionarios de la república francesa con el mismo coraje que le llevó a censurar la vida palaciega en la corte de Carlos IV; soportó, finalmente, con estoicismo el cruel confinamiento a que fue sometido, renovando al tiempo su compromiso con una España emancipada, en los años de la guerra con Francia. (RUIZ DE LA PEÑA, 2011, s/n).

El cruel confinamiento al que hace referencia Ruiz de la Peña le sobrevino a Jovellanos poco después de su breve experiencia como ministro. Los últimos años de la vida del político y escritor asturiano estuvieron marcados por la **persecución ideológica** desatada contra los ilustrados en España. A pesar de sus fuertes convicciones cristianas, la apuesta de Jovellanos por la separación entre Iglesia y Estado le granjeó las antipatías de la clase eclesiástica más conservadora. Su Instituto asturiano, además, resultaba sospechoso por fomentar la libertad de pensamiento de sus alumnos,

especialmente a ojos de una clase dirigente que temía que prendiera en España la llama de la revolución francesa. Estos factores, sumados a las inevitables envidias e intrigas políticas, dieron como resultado el arresto y posterior **encarcelamiento** de Jovellanos en 1801. Estuvo privado de libertad durante siete años, y tras su liberación en 1808, se encontró ante el dilema que por aquella época enfrentaban los ilustrados españoles: apoyar las aspiraciones de José Bonaparte al trono español – como hicieron muchos ilustrados amigos de Jovellanos, en la confianza de que la ocupación francesa serviría para regenerar España – o alzarse contra las tropas de Napoleón. Jovellanos optó por enfrentarse al invasor, y pasó a formar parte de la Junta Central, el órgano que concentró los poderes ejecutivo y legislativo durante la ocupación francesa. Como señala Ruiz de la Peña (2011), el talento de estadista de Jovellanos se manifestó en la organización de ese gobierno provisional, cuya actuación defendería en su *Memoria en defensa de la Junta Central*. Decepcionado por la persecución de sus ideas y desanimado por no poder pasar sus últimos años en Asturias – ocupada por las tropas francesas –, Jovellanos murió en noviembre de 1811 a causa de una pulmonía mientras viajaba a Cádiz desde su ciudad natal, Gijón, de la que había tenido que huir tras una breve estancia cuando la ciudad fue reconquistada por las tropas de Napoleón.

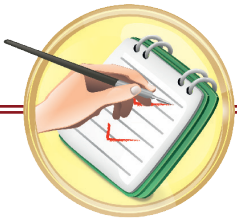
Jovellanos fue, en resumen, el **perfecto prototipo del ilustrado español**: amante de la patria, pero sin caer en el patriotismo ciego; crítico con el atraso de España en todos los ámbitos del conocimiento, pero optimista sobre las posibilidades de regeneración a través de la educación; de ideas progresistas, pero sin cuestionar en ningún momento el poder absoluto de la monarquía; humanista de profundas convicciones cristianas, pero enfrentado al inmovilismo de la jerarquía católica; afrancesado y admirador de la Ilustración francesa, pero defensor de la independencia ante la ocupación napoleónica. En palabras de Victorino de Arce (2005, p. 153), “un hombre de nuestro tiempo que vivió hace dos siglos, que encarna lo más avanzado del espíritu de su época y sorprende hoy por la vigencia de algunas de sus propuestas”.

¡Ya sé!



En esta lección hemos visto que en la literatura española del siglo XVIII destacó, muy por encima de la novela y la poesía, la prosa didáctica y, en particular, el género del ensayo en sus diversas manifestaciones: informes, memoriales, discursos, cartas... A pesar de que el movimiento de la Ilustración fue mucho menos profundo en España que en la vecina Francia, un puñado de intelectuales con ideas progresistas y adelantadas a su tiempo lanzó propuestas innovadoras para la regeneración de la sociedad española a la luz de la razón, la ciencia y la educación. El ensayo fue, en ese contexto, el vehículo idóneo para la difusión del pensamiento ilustrado. Hemos conocido la figura del padre Feijoo, pionero de la Ilustración en España y uno de los primeros defensores, a pesar de su condición de religioso, de la secularización, es decir, la separación entre Iglesia y Estado. Nos hemos aproximado también a la obra del militar José Cadalso, un ilustrado

viajero y cosmopolita que personifica la gran relevancia que los ilustrados daban a los viajes para la formación humanística del individuo. Finalmente nos hemos detenido en el máximo representante de la Ilustración en España: el político y escritor asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos, que destacó por su encendida defensa de la educación pública universal como base del progreso de las naciones.



Autoevaluación

Para concluir, te presentamos un texto de Jovellanos extraído de su *Memoria sobre educación pública, o sea, tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños* (1802). Esta breve lectura te permitirá reconocer algunos de los rasgos principales del pensamiento del autor tal y como los hemos descrito a lo largo de esta lección. Pese a haber sido escrita durante su reclusión forzosa, no falta en ella el característico optimismo de Jovellanos al hablar de la educación:

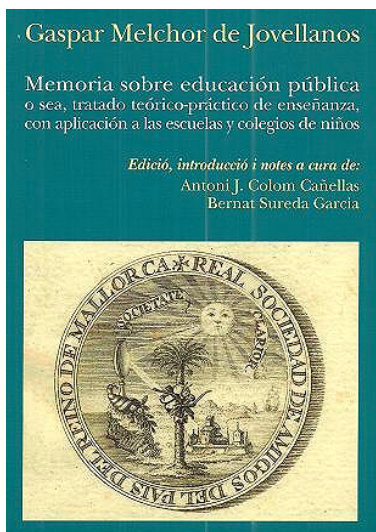
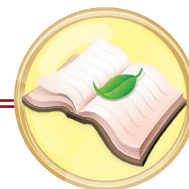


Fig. 05

“¿Quién no ve que perfeccionadas por una parte las facultades físicas y morales del hombre, y por otra los sistemas de asociación que los reunen, debe mejorarse la conducta pública y privada de los pueblos, y que sus males y desórdenes menguarán en razón inversa de lo que crezca su ilustración? ¿Quién no ve que en el progreso de esta ilustración los gobiernos trabajarán solo y constantemente en la felicidad de los gobernados, y que las naciones, en vez de perseguirse y destrozarse por miserables objetos de interés y de ambición, estrecharán entre sí los vínculos de amor y fraternidad a que los destinó la Providencia? ¿Quién no ve que el progreso mismo de la instrucción pública conducirá algún día, primero las naciones ilustradas de Europa, y al fin las de toda la tierra, a una confederación general, cuyo objeto sea mantener a cada una en el goce de las ventajas que debió al cielo, y conservar entre todas una paz inviolable y perpetua, y

reprimir, no con ejércitos ni cañones, sino con el impulso de su voz, que será más fuerte y terrible que ellos, al pueblo temerario que se atreva a turbar el sosiego y la dicha del género humano? ¿Quién no ve, en fin, que esta confederación de las naciones y sociedades que cubren la tierra es la única sociedad general posible en la especie humana, la única a que parece llamada por la naturaleza y la religión, y la única que es digna de los altos destinos para que la señaló el Criador?”

Fuente: Nocedal, Cándido (compilador). **Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos**. Madrid: M. Rivadeneyra, impresor-editor, 1859, p. 255.



CABRALES, José Manuel; HERNÁNDEZ, Guillermo. **Literatura española y latinoamericana I. De la Edad Media al Neoclasicismo**. Madrid: SGEL, 2009.

DE ARCE GARCÍA, Victorino. **Jovellanos: el hombre y el pedagogo**. Pulso, 28, pp. 139-154, 2005.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de. **Antología de escritos pedagógicos de Gaspar Melchor de Jovellanos**. Edición de Olegario Negrín Fajardo. Madrid: Sanz y Torres, 2010.

NOCEDAL, Cándido (compilador). **Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos**. Madrid: M. Rivadeneyra, impresor-editor, 1859.

RODRÍGUEZ CACHO, Lina. **Manual de historia de la literatura española 2: siglos XVIII al XX [hasta 1975]**. Madrid: Castalia, 2009, 2 vols.

RUIZ DE LA PEÑA, Álvaro (Dir.). **Gaspar Melchor de Jovellanos**. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011.

URZAINQUI, Inmaculada (Dir.). **Benito Jerónimo Feijoo**. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009.

Lista de Figuras

Fig. 1: Autoría propia

Fig. 2: <http://el.tesorodeoviedo.es/index.php?title=Imagen:P004.jpg>

Fig. 3: <http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/c/c9/Josecadalso.jpg>

Fig. 4: <http://www.24symbols.com/author/gaspar-melchor-de-jovellanos?id=2351>

Fig. 5: <http://quepelitrae.blogspot.com.br/2011/03/memorias-sobre-educacion-publica.html>